

cuestión final —escribe— es la de saber hasta qué punto los encausados por las matanzas de My Lai se separaban de las prácticas generales del Ejército americano en el Vietnam». Y recuerda el caso del general japonés Tomayuki Yamashita, que fue condenado a muerte —y ahorcado— por un Tribunal de crímenes de guerra de los Estados Unidos no ya por haber ordenado matanzas, ni siquiera por haberlas conocido, sino por «haber fallado en mantener un control eficaz de sus tropas, como lo requerían las circunstancias». Este es, dice Taylor, el caso del propio Westmoreland. Aparece otra opinión: la de quien fue defensor del general Yamashita, A. Frank Reel, y recuerda que en la declaración del entonces juez Frank Murphy —ya fallecido— se contenía una profecía al dictar sentencia: «El destino de algún futuro Presidente de los Estados Unidos y de sus jefes de Estado Mayor y sus consejeros militares puede sellarse con esta decisión» (la de ahorcar a Yamashita). «¿Debemos juzgar al general Westmoreland y al Presidente Johnson (en ejercicio durante las matanzas) por estos crímenes capitales? —escribe el jurista—. La mejor respuesta podría ser que se admitiese francamente que estamos equivocados en desviarnos del concepto de que castigamos a hombres por cometer crímenes, no por ocupar puestos. En las sentencias por "violación de las leyes de guerra" es inherente la idea de que hay buenas y malas maneras de matar, que es criminal matar civiles en tierra, pero legal bombardearlos desde el cielo. Si no queremos resolver nuestras diferencias por medio de la matanza, reconozcamos la guerra en lo que es y detengamos esta hipocresía».

La escalada, como se ve, ha seguido ascendiendo. De Westmoreland se pasa al Presidente Johnson y, evidentemente, a Nixon, puesto que es el actual Presidente y comandante supremo; pero de los Presidentes se pasa automáticamente a la condena de la guerra en sí como causante inevitable de las matanzas. Lo cual es una acusación muy real, pero también muy abstracta. Se vuelve así al punto cero. Si la culpa es «de la guerra», ya no hay culpables directos, a no ser que se considere culpables a quienes provocaron la guerra. Pero, ¿quién provoca una guerra? La respuesta es clínica: los culpables de una guerra son siempre los vencidos. Los castigados por ella, aquellos que cayeron prisioneros en sus territorios ocupados. Como el territorio de los Estados Unidos no está ocupado, va a ser difícil que este debate termine con castigo. Pero si sirve para condenar la guerra una vez más, y para contribuir a la posibilidad de un mundo sin guerras, es tan saludable como lo dice el general Westmoreland... ■ JUAN ALDEBARAN.



JANE FONDA: crimen en vietnam

En el contexto de la exposición anterior de Juan Aldeberán acerca de los consejos de guerra de los supuestos criminales de guerra de My Lai y de la elevación del debate interior en los Estados Unidos, la declaración de prensa realizada en París por la actriz Jane Fonda, conocida ya por su continua posición pacifista (ver TRIUNFO número 424), alcanza su verdadero significado: es una posición más en esa lúcida discusión que abarca todos los medios de opinión de los Estados Unidos, y su radicalismo de expresión pertenece a la labor depuradora de la conciencia americana que se está realizando en torno a su propia actitud en una terrible, devastadora guerra.

PARIS.—Periodistas, fotógrafos, micrófonos —Radio Luxemburgo, Europa 1...—, cámaras de televisión; el público abarrota la sala. Sentados, de pie, acurrucados en los rincones: científicos, actores, estudiantes. Y llega Jane Fonda. Antes de subir a la tribuna saluda a Michel Piccoli, a Laurent Schwartz. Ningún aplauso, ninguna «mise en scène». Es la nueva Jane Fonda. Nueva porque la bella star de Hollywood abandonó una brillante carrera, una vida de fácil lujo para dedicarse de lleno a la lucha en los temas raciales y sociales de su país, a la denuncia de una guerra inacabable cada vez más atroz. Y aquí está, invitada por el Tribunal Russell, al lado de los representantes del Gobierno de Norodom Sihanuk, del FNL vietnamita, de Hanoi, del Frente de Liberación de Laos.

Ahora, elegante más que bella, Jane Fonda viene de los Estados Unidos con la misión de informar sobre la reciente reunión, en Detroit, del «Movimiento de ex combatientes contra la guerra de Vietnam», que agrupa a 8.000 soldados que participaron en los combates, que declaran que practicaron la tortura, que cometieron crímenes y que están dispuestos ahora a oponerse a esta guerra, a denunciar a los que les ordenaron estos actos cuando todavía no tenían la edad legal para votar. La reunión se celebró en Detroit...

«Porque Detroit es un centro industrial donde se fabrican las armas criminales utilizadas en Vietnam, como el fusil M-16, los productos químicos, los tanques; porque hay una clase obrera muy importante, y porque la clase obrera americana es la que más sufre en esta guerra».

Jane Fonda revela las declaraciones que hicieron los ex combatientes en Detroit, sobre su preparación psicológica en Estados Unidos antes de marchar a Vietnam: «En el campo de Maryland les enseñan a torturar, les explican que no hay que contar a los prisioneros al subirlos a los helicópteros, sino al bajarlos, pues durante el vuelo se han de tirar dos o tres para hacer hablar a sus compañeros, etcétera».

Explica que los ex combatientes hicieron sus declaraciones en grupos, por secciones, para demostrar «que los crímenes de guerra cometidos en Vietnam no son la acción de un hombre, o dos, o tres que se han vuelto locos; que es una política siste-

JANE FONDA

mática decidida en Washington. Los veteranos de Vietnam han querido demostrar al pueblo americano que la matanza de Song My no fue algo aislado: sucede todos los días, y que los verdaderos criminales de guerra se encuentran en Washington».

Jane Fonda no se arredra ante nada, y continúa:

«Hacer un proceso al teniente Calley sin hablar de las responsabilidades de Nixon, de Johnson, de Mac Namara, de Westmoreland, de Henry Ford, de Rockefeller, es como si en el proceso de Nuremberg se hubiese acusado al oficial Fritts, Schaub, etcétera, sin hacer una investigación contra Hitler, Himmler, Goering, Goebbels, los verdaderos arquitectos del genocidio de los judíos».

Citando al nada sospechoso Telford Taylor, representante de los Estados Unidos en el proceso de Nuremberg, que asegura que si se juzgase hoy a Nixon con los mismos criterios de Nuremberg sería condenado a muerte, Jane Fonda enumera metódicamente las razones de esta afirmación:

«Existen en Vietnam "free fire zones" —zonas libres—, donde se puede matar, torturar y violar sin rendir cuenta alguna a los superiores: My Lai era una de estas zonas; los responsables americanos permiten la práctica de los "mad minutes", que consiste en decretar cinco, diez o X minutos "locos", donde los soldados pueden hacer lo que quieren. Esto está considerado como un crimen de guerra según las leyes internacionales, como también los bombardeos a gran altura cuando no se puede ver el suelo; la utilización masiva de productos químicos, como se hace actualmente, que están produciendo un verdadero bloqueo, extirpando para siempre todo signo de vida en grandes regiones».

Aún lleva más lejos su análisis político:

«Mucha gente cree que la guerra de Vietnam es un accidente, un hecho aislado. Para mí es muy claro, después de las declaraciones de los ex combatientes, que un país que realiza una guerra racista y de genocidio es porque tiene una historia plena de guerras racistas y de genocidios: si estamos en Vietnam es porque estamos en California, que hemos cogido a los indios después de exterminarlos; si estamos en Vietnam es porque estamos en Texas, que cogimos a los mexicanos, etcétera; es porque el siste-



De izquierda a derecha, el representante de Norodom Sihanuk en la conferencia, Jane Fonda, Mark Lane y un ex combatiente en Vietnam.



Jane Fonda informó sobre el «Movimiento de ex combatientes contra la guerra de Vietnam»; a su izquierda, Mark Lane, un ex combatiente, Leo Matarasso; Laurent Schwartz, y los representantes de los F. N. L., de Laos, Vietnam y Camboya.

ma que permite y es responsable de la matanza de Song My es el mismo que permitió las masacres de los navajos, de los sloux, de los apaches».

Jane Fonda termina su informe, y llega directamente de Estados Unidos a la sala un representante de los ex combatientes contra la guerra. Sube a la mesa. Es un joven negro, con mirada triste y apagada. Jane Fonda le saluda y los representantes de los movimientos indochinos le abrazan con emoción. Escuchamos su declaración:

«Los ex combatientes sabemos muy bien que los crímenes de guerra en Vietnam no comenzaron en el pueblo llamado Song My, el 16 de marzo de 1968, con el teniente Calley; sabemos que la política americana en Vietnam es una política de genocidio contra nuestros hermanos vietnamitas. Hoy unimos nuestros esfuerzos para terminar con este genocidio».

Visiblemente avergonzado y con lágrimas en los ojos, balbucea:

«No sé exactamente lo que debo decir, a no ser que cada uno de nosotros, de los que atestigüamos sobre las atrocidades cometidas en Vietnam, estamos desolados... por lo ocurrido en Vietnam... y por lo que hemos hecho... por las atrocidades en que hemos participado... Pero no nos pensamos quedar estando desolados... continuaremos diciendo al público americano cuáles son las atrocidades que cometimos y que comenten hoy los jóvenes americanos... y... gracias...».

Llega la hora de las preguntas y respuestas. Jane Fonda se encarga de contestar:

«La desertión entre los soldados americanos en Vietnam aumentó de forma tal en los últimos años que ahora es casi igual a las desertiones que se producen en el Ejército survietnamita: hemos llegado a una especie de "vietnamización" del Ejército americano...». «Hay muchos soldados —negros en particular— que se baten al lado del FNL...». «... Hay núcleos de resistencia y de sabotaje en todas las bases americanas; los oficiales saben que ya no pueden ordenar como antes...». «... Sí, las drogas es la principal ocupación de los soldados...». «... Es muy importante el movimiento de descontento; eso obligó a Nixon a acelerar la retirada...».

El escritor y abogado Mark

Lane (1) se encarga de cortar el lirismo de Jane Fonda, poniendo las cosas en un lugar más realista:

«No hay que subestimar la importancia del descontento de los soldados, pero hay que tener en cuenta que eso no impide la escalada tecnológica masiva en Vietnam y el biocidio que se está realizando. La razón de esta escalada es que Nixon sabe que no puede tener confianza en un gran número de hombres». Cita Mark Lane la declaración del teniente Foster, oficial de Infantería hasta septiembre de 1970:

«En agosto, los marines de Da Nang empezaron a utilizar un nuevo artefacto. Disponían de cinco de estos aparatos, que consistían en una especie de periscopio por el cual divisaban y observaban todo lo que sucedía a trece kilómetros, aunque no podían distinguir si los seres vivos eran hombres, mujeres o niños. Junto con el periscopio hay un lanzador de rayos laser, que puede tirar a trece kilómetros con una exactitud de dos o tres centímetros. Así cubrían una enorme extensión que denominan Arizona, pues, naturalmente, los americanos bautizan las tierras vietnamitas con nombres americanos. Cada aparato está servido por un equipo de cinco hombres. Detrás del laser hay una pancarta, con el número del equipo, donde se anota el número de seres abatidos. Cada vez que se mata a alguien, se marca en la pancarta. En agosto, cuando se inició el juego, se estableció que, por cada quince muertes, el oficial jefe de grupo sería propuesto para la medalla de bronce, que se otorga por "el valor y coraje ante el enemigo". Pero cuando Foster fue desmovilizado, es decir, un mes después de la instalación de estos artefactos infernales, los equipos alcanzaban resultados tales que se había cambiado el reglamento: en lugar de quince muertos se necesitaban cuatrocientos para obtener la medalla de bronce.

«Esto es uno de los aspectos de la escalada, y quizá sea cierto que Nixon se ve obligado a retirar las tropas por muchas razones: entre ellas, porque los soldados se oponen a la guerra, pero también porque, con esta escalada tecnológica, quinientos mil soldados son realmente demasados». ■ RAMON LUIS CHAO.

(1) Autor del libro «Conversations with americans», Simon and Schuster Editors, Nueva York, 1970. Versión española: «Hablan los desertores del Vietnam», Dopesa, Barcelona, 1970.

REGUEIRO

